

Imágenes de entresiglos¹

por *Gabriela Tineo*
(*Universidad Nacional de Mar del Plata*)

RESUMEN

El trabajo analiza una serie de crónicas y fotografías del entresiglos puertorriqueño (XIX-XX), llevadas a la escena pública internacional cuando, en virtud del Tratado de París que puso fin a la Guerra Hispanoamericana, la isla deja de ser colonia española y se convierte en posesión de los Estados Unidos. Construidas por viajeros norteamericanos que llegan a Puerto Rico para registrar el cambio de dominación y el rostro isleño, las imágenes verbales e iconográficas seleccionadas exhiben los poderes de una mirada imperial que justifica el programa expansionista y colonizador, subrayando los relieves de una tierra dominable, dispuesta a entregarse al nuevo amo.

Palabras clave: Puerto Rico - Estados Unidos - entresiglos - fotografía - crónica

ABSTRACT

The article analyzes a series of chronicles and photographs at the beginning of the 20th century in Puerto Rico that were internationally published when the Treaty of Paris was signed, at the end of the Hispano-American War. Thus the island stopped being a Spanish colony and it became possession of the United States. The selected verbal and iconographic images were built by North American travellers who arrive at Puerto Rico to register the domination turn and the island face. These images exhibit the powers of an imperial glance that justifies the expansionist and colonizing program, emphasizing on the idea of a weak land ready to surrender to the new master

Keywords: Puerto Rico - United States - early 20th century – photography - chronicle

Cientos de máquinas fotográficas capturaron el instante que habría de convertirse en una de las imágenes más potentes del cambio de dominación de Puerto Rico en 1898: la bandera multiestrellada flameando en el mástil de la fortaleza frente a la plaza del Viejo San Juan, ante una multitud que observa —en posición solemne— el acto de entrega de la isla (imagen 1).



1. “Raising the American flag”

“particular absoluto” (Ríos Ávila 1996) detenido y conjurado por el ojo de la cámara. Se trata de textos iconográficos y verbales cuyo peso en la historia cultural puertorriqueña aún sigue afirmándolos

¹ Selecciono y abrevio algunas líneas de lectura que desarrollé exhaustivamente en el primer capítulo de mi tesis doctoral dedicada a la literatura puertorriqueña del siglo XX.

como objetos susceptibles de nuevos asedios. Es que por su amarre a los umbrales del proceso de construcción identitaria renovado con el siglo, por oficiar de documentos que sellaron la sumisión al nuevo amo, pero, sobre todo, por encarnar y encarnarse en los orígenes de una nación que ha recorrido el siglo XX y entrado en el que hoy transcurre sin haber resuelto políticamente su autonomía, esas textualidades potencian mucho más que los sentidos impuestos en los primeros tiempos. Enhebradas por el denominador común que enlaza sus relieves más prominentes y permite leerlas en su encadenamiento, rezuman la virulencia de un vínculo nacido y perpetuado —de manera más o menos desembozada— a través de la violencia y persisten en abonar, desde los vacíos y ocultamientos habilitados por ese vínculo, el espesor de un campo de sentidos que al tiempo de volverse cada vez más vasto y complejo con el correr del tiempo fue consolidándose como fuente propiciatoria de embestidas críticas de pretensiones claramente revisionistas, en especial desde el discurso histórico y literario de las últimas décadas del siglo XX.

En *El arte de bregar*, Arcadio Díaz Quiñones afirma a propósito de las interpretaciones de las primeras imágenes isleñas: “[...] apenas se ha reflexionado sobre la importancia de los saberes inscritos en las fotografías coloniales del 98” (2000: 225). Y más adelante, estableciendo el enlace de esos saberes con su incidencia en el proceso de autognosis colectiva, se emplaza en el presente y señala, en un pronunciamiento que me suena a interpelación: “Quizás hoy habría que reflexionar sobre lo que esa mirada externa significó para el posterior autorreconocimiento y autorrepresentación de las viejas y nuevas colonias” (2000: 226).

Porque incita a reflexionar sobre la contienda donde se siguen disputando las valoraciones acerca del momento más corrosivo del quiebre finisecular² y, en particular, porque me atrae la descompresión de fronteras epocales a través de la cual sacude la fijeza de las imágenes de entresiglos y estimula su relectura desde zonas inexploradas, me valgo de las palabras del puertorriqueño para examinar una serie de fotos y fragmentos de crónicas, una de cuyas propiedades sustanciales radica, precisamente, en su capacidad de activar, cada vez que se la visite, aquella “guerra simbólica [que] empezó en torno al 98, pero no ha cesado aún” (2000: 227).³

Los poderes de la mirada imperial

La diferencia entre los “conquistadores” y los “conquistados” (Dinwiddie 1899) funciona como supuesto argumentativo de las crónicas y condición articuladora del vínculo entre el fotógrafo y el sujeto/objeto retratado. Sobre la base de la creencia de ser el pueblo elegido por la Divina Providencia, la supremacía racial y el desbalanceo cultural, económico, social,⁴ el extrañamiento ante lo diverso es objetivado con insistencia: “Podría alguien ir a Puerto Rico para una experiencia nueva [afirma Gardner Robinson] y vería escenas nada familiares en un país extranjero?” (1899: 181). La percepción de lo distinto o inhabitual, lexicalmente connotada por la recurrencia a términos suscriptos al campo semántico de lo inusitado o lo repulsivo, no sólo obra en calidad de dispositivo de representación de los sujetos coloniales. Percibidos como entidades desnortadas, enfermos de

² Dicho de modo resumido, me refiero al horizonte que desgarró la invasión entre interpretaciones que orbitan en torno del estigma del trauma o la salvación, el ultraje o el rescate. Véase García.

³ Agradezco a Juan Gelpí el envío desde Puerto Rico de fuentes primarias, trabajos monográficos, ensayos y publicaciones especiales sobre el 98, a partir de los cuales armé un amplio corpus, que aquí reduzco. Soy deudora muy especialmente de Arcadio Díaz Quiñones (2000) y Libia González (1998), cuyas selecciones fotográficas y lecturas resultaron disparadoras de las mías. Cito las crónicas en el cuerpo del artículo, ajustándome a las referencias de las fuentes originales consignadas en los respectivos estudios. Las traducciones son mías.

⁴ Abonan esta convicción la firme creencia en el “Destino Manifiesto” como condición privativa de los Estados Unidos y su entrelazamiento con el darwinismo social de Spencer, de vasta influencia en los sectores cultos de la sociedad y en la élite intelectual y política. Ambas corrientes obran en calidad de fuerzas de indudable efecto coadyuvante en las decisiones tomadas durante la administración McKinley, destinadas a anexar a la Unión tierras percibidas como “yerros salvajes”, según la definición dada por el senador Beveridge. Los argumentos sobre los cuales se sustenta la urgencia por ensanchar las fronteras como estrategia para superar la crisis desatada a raíz del confinamiento territorial y el plus de capital imposible de absorber por la economía interna deben ser sopesados en relación con el sistema de creencias dominante, donde una oportunidad histórica privilegiada se ofrecía al nuevo imperio: la de cumplir con una misión humanitaria y civilizadora en salvaguarda de pueblos inferiores, débiles, incapaces de autogobernarse, necesitados de evangelio, tutelaje y regeneración.

primitivismo y desamparo, y en simultaneidad con el gesto que los predica como “quienes hablan una lengua alienada” y “han vivido adiestrados en un sistema monárquico por centurias” (Dinwiddie 1899: 145), se delinea otro gesto, el que tiende a la autorrepresentación. En otras palabras: en el proceso que busca poner bajo control lo desconocido, asir y sistematizar lo distintivo del “ellos” (los puertorriqueños) va tallándose la imagen de un “nosotros” (los norteamericanos) cuyo vigor, validez y superioridad oficializan de meridianos detectores de antagonías.

Exteriormente identificado con el poder pues vestía el uniforme militar, el fotógrafo-cronista se arroga el privilegio de ser la figura autorizada para dar testimonio sobre una realidad desconocida y de calibrar —en flexión potencial, predictiva y desde su vivencia *in situ*— las impresiones que, da por seguro, suscitaría aquella realidad en el lector —“el hombre medio americano” (Gardner Robinson 1899: 145)— a quien parece representar, y por el cual parece ver, pensar, experimentar. Su facultad de intérprete no admite inflexiones dubitativas, se fortalece en la construcción de imágenes cuya dinámica de base —la comparación— aunque no asome en la superficie lingüística o visual, late y revela los términos contrastantes que litigan en su estructura profunda: el atraso y el progreso.

Tras la destinación múltiple y simultánea que las homologa, esto es, más allá de que, de manera preeminente y en función de su encuadre en órganos de edición y difusión de amplio alcance, las publicaciones evidencian su propósito por validar la empresa expansionista y exhibir la isla ante un público amplio y generalizado, el reparo en los aspectos del referente que hacen visibles permite identificar un variado elenco de sujetos destinatarios. Tonos, ritmos, registros, lexemas, indicadores de subjetividad individual o social, deixis espaciotemporales, en suma, un arsenal de estrategias discursivas diversas apuntan en inequívocas direcciones e interpelan a destinatarios precisos. Ante ellos y ajustando el movimiento revelador al ángulo capaz de satisfacer expectativas disímiles, la miseria, la riqueza, la fealdad, las posibilidades de redención, las dolencias, la belleza, las señales del lugar edénico, la exuberancia del trópico o la sensualidad se iluminan u opacan, promoviendo representaciones descarnadas o estetizantes. En alianza, escenas globalizadoras o de ajustada circunscripción, grupos humanos en perspectiva distante o rostros y cuerpos en primeros planos, paisajes rurales o urbanos, multicolorido o blanco y negro constituyen elecciones empeñadas en lograr ciertos efectos, consustancialmente ligados a la intencionalidad impuesta o no por la palabra.⁵

En el montaje, las ilustraciones y, muy especialmente, las fotografías se enlazan de modo indisoluble con la voluntad por transparentar los pliegues “originales y exactos de los rasgos más interesantes de la isla” (3).⁶ Alimentan, desde su inherente “ilusión de objetividad” (González 1998: 274), una imagería sobre la isla y su gente que parece no dejar márgenes para la imprecisión. Pretenden ser “garantía y prueba” (Thompson 1996: 688) de lo que ha tenido lugar una sola vez (Barthes 1994), de lo que el cronista-fotógrafo realmente vio:

En las exquisitas fotografías de las escenas encarnadas en este trabajo no hay espacio para la imprecisión del azar o las fantasías inciertas de la imaginación del artista. La cámara no puede ser sino franca y verídica [...] Es la vida real transferida a la página impresa [...] [C]uando miramos estas fotografías pintadas por la luz inequívoca del sol y transferidas mediante el mismo proceso a la página perfectamente impresa, sabemos y sentimos que

⁵ Desde sus mismos nombres o posibles marcos de clasificación, las publicaciones prefiguran a sus lectores explícitos o encubiertos, inmediatos o mediatos, anticipan el perfil isleño y la acción que pretenden efectivizar. Informes y Censos, textualidades oficiales dirigidas fundamentalmente a esferas del poder, documentan el registro de lo hallado con todas las garantías proporcionadas por el recuento (cifras, estadísticas, porcentajes) y el relevo (repertorios de cultivos, obras públicas, medios de producción), manifestando el fin sistematizador y cuantificable que las orienta. Las Guías Turísticas y Directorios Comerciales, pensados para posibles viajeros e inversionistas, son proyectos editoriales destinados a seducir. En ellos, la mirada del cronista pasea y recorta escenas de naturaleza exuberante o belleza arquitectónica, apresa miradas y cuerpos atrayentes e insinúa las posibilidades de disfrute, exploración y explotación reservadas para quienes se animaran a emprender el viaje transatlántico, aventura que prometía el goce de nuevas experiencias o la obtención de ganancias. Los relatos y libros de viajes de corresponsales y militares, testigos oculares o protagonistas activos de los hechos, al tiempo de ofrecerse como escaparates del sistema vetusto que regulaba la vida isleña, exaltaron el heroísmo y la épica de la empresa altruista y colonizadora

⁶ En *The Importers and Exporters*.

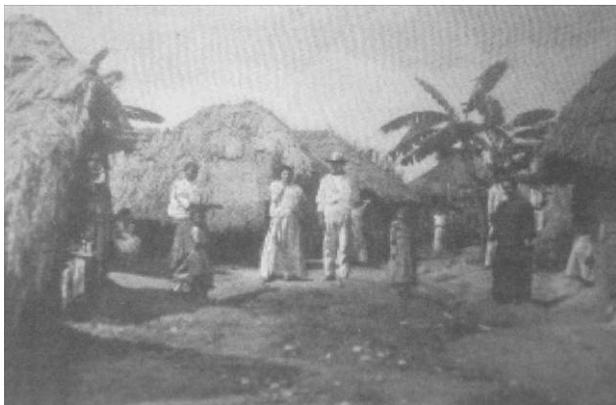
estamos mirando el alma de la naturaleza y que podemos ver la réplica exacta de los objetos retratados. (5)

Las palabras de Wheeler en el prefacio a *Our Islands and Their People* subrayan la capacidad mimética y cautivante de esencia que se le asigna a la foto. Sin embargo, como apunta Sontag, la fotografía “es, antes que nada, una manera de mirar. No es la mirada misma” (2007: 135). Los argumentos sobre la fidelidad de la imagen a lo real se restringen a su función de reaseguro visual de la crónica y eluden el espectro de variables que intervienen en el ceremonial fotográfico. Examinados hoy, independientemente de nuestra efectiva lectura de las imágenes o en grado mucho más evidente si desplegamos la mirada sobre ellas intentando reponer los alcances que les fueron otorgados, los argumentos de transparencia, espontaneidad y representación fidedigna se debilitan del mismo modo que se debilitan las pretensiones de objetividad que reclaman las crónicas. Por el envés de su intencionalidad primaria —informar, convencer sobre la urgencia de implementar el proyecto civilizador o seducir— las textualidades de entresiglos que recorto labran una imagen de Puerto Rico grabada por las faltas y los desbordes.⁷ Tramas que se repiten, constantes que aquilatan la pugna entre el pasado y el porvenir, susceptibles de leer a partir de los órdenes y componentes (García Negroni-Zoppi Fontana 1992) que se procesan en su interior.⁸

Las tramas que se repiten

Hombres, mujeres y niños aparecen desparramados sobre un telón de fondo de viviendas y palmeras (imagen 2). Si desde el exterior, el bohío delata la precariedad de su arquitectura sostenida sobre pencas de palmas, la captación visual del cronista entra y sale de su interior sin hallar asidero en señales que no se reduzcan a lo elemental:

Las paredes están empapeladas, no con decoraciones pero sí con utensilios de comida hechos corrientemente de calabazas. La comida se hace afuera de las casas [...] sobre una lámina de acero o en una pequeña cacerola y los alimentos son servidos en calabazas almacenadas y comidos con cucharas de calabazas. (Dinwiddie 1899: 160-162).



2. “Aldea de peones en Caguas”

Tal vez irónica, la imagen que abre la secuencia despliega la mirada imbuida de esteticismo con que el observador se posiciona frente a un tipo de ornamentación basada en la funcionalidad de la vida cotidiana. Procedente del epítome del mundo moderno y civilizado, Nueva York, pondera como falta de sentido estético lo que es fiel signo del modo de vida propio de la ruralía. Lo que el viajero percibe como saturación de elementos culinarios se modeliza en la reiterada inscripción del nombre del fruto y cristaliza, conjugando la técnica del realismo con la valoración, una de

⁷ En “Fotografías liminares” (Conferencia leída en el Ciclo *Imágenes Interculturales Hispanoamericanas*, Facultad de Humanidades, Mar del Plata, 22 de julio de 1999), me ocupé de estos aspectos desde un enfoque interesado en cotejar algunas fotografías del primer 98 y las aparecidas en dos periódicos de la isla al conmemorarse el centenario de la invasión. A partir del establecimiento de la distinción entre aquellas que mostraban Puerto Rico como “olla podrida” (27), en palabras de Gardner Robinson, y las que lo hacían visible, según el senador Cabot Lodge, como “la más oriental y bella de la Antillas Mayores” (168), me detuve en la trama diseñada por estas últimas, sostenida por la exaltación de sus cualidades paradisíacas.

⁸ Recurro a las categorías de “órdenes” y “componentes” que en el campo del análisis lingüístico, específicamente para el examen del discurso político como discurso del poder, permiten estudiar su performatividad, esto es, la “acción” que buscan llevar a cabo. En algunos pasajes, atiendo los componentes descriptivos, didácticos, prescriptivos y programáticos, y a sus órdenes de pertenencia y/o reenvío: el saber, el deber y el poder.

las dimensiones discursivas más exacerbadas en las crónicas: “la retórica de la depreciación.” (Thompson 1996: 690).

Más allá de su constatable diferencia respecto del hábitat campesino en virtud de su repertorio mobiliario y decorativo, los hogares de las clases acomodadas, ciudadinas, no escapan absolutamente de la descalificación. La recorrida del cronista por sus interiores recobra la ausencia de concierto estético a través del realce del componente descriptivo. “La decoración incongruente es vista en todas las casas” (1899: 178) —asevera Dinwiddie y extrema, combinando la impronta referencial del género con la subjetividad perturbada: “la precisión matemática con que todos los muebles están ubicados despierta una impresión de horror” (1899: 178).

Cuando Gardner Robinson señala que “[l]os hogares puertorriqueños impactan al visitante americano como desnudos e inartísticos” (1899: 196), que “duermen en aquello que el americano medio vería como una cajita sin aire, para evitar ser más perversos” (1899: 182), cuando Hamm⁹ apunta que “los baños son excepcionalmente raros y las bañeras son consideradas como un síntoma de la locura anglosajona” y que “los lectores no se extrañarán de la rareza y ausencia de jabón especialmente en las áreas rurales” (1899: 89), comparten con Dinwiddie el empeño por legitimar su condición de figura mediadora en la desigualdad. Dejar testimonio de la conmoción suscitada por la falta de refinamiento, higiene y condiciones humanas mínimas de habitabilidad en los espacios domésticos pone al descubierto el desequilibrio entre la posesión y la carencia, entre el mundo del orden, saludable y bello al que se pertenece y el mundo caótico, enfermo y desprovisto de sensibilidad y principios estéticos del cual se es espectador. El registro de aquel sacudimiento, asido a la proliferación de verbos y adjetivos semánticamente asociados con la idea de engendramiento, repulsión, extrañeza o falta no se reduce, pues, a los alcances de su impacto en la dimensión que el corresponsal de *Harper & Brothers* designa “el interior estético” (Dinwiddie 1899: 28). Tampoco a fortalecer el imperativo referencial del género. En el recurso a la comparación se concatena y mezcla con el gesto que descalifica el mundo “visto” y “representado” desde la óptica del progreso, el confort, el gusto por los bienes suntuarios, los avances tecnológicos, la tendencia científicista de la época.

Ya como telón de fondo o al pie de desbordantes vegetaciones que los abrazan y de las cuales asoman como una prolongación o solitarios sobre una geografía casi yerma (imagen 3), los bohíos ganan protagonismo sobre otras edificaciones del interior isleño y apuntalan aquella óptica interesada en validarse como alternativa de un futuro promisorio. Aunque prescindan de descripciones complementarias, las fotografías hilvanan las pretensiones de la mentalidad conquistadora que regula la distancia relativa de los elementos en la escena. El ajuste del campo de la visión que coloca los bohíos en primer plano no sólo convierte las imágenes en correlatos visuales de la asfixia, la oscuridad y la estrechez verbalizadas con recurrencia;¹⁰ también documenta su fragilidad y activa su condición desechable.



3. “Bohío campesino en Bayamón”

⁹ Margherita Hamm fue una de las fotógrafas y periodistas de mayor renombre. Coautora de dos álbumes sobre el 98 en Cuba y Puerto Rico.

¹⁰ Rasgos nucleares en los conceptos de limpieza e higiene propios de la época, donde la salud se asociaba con el aire libre y la higiene con los ámbitos incontaminados.



4. "Arecibo Water Supply"

Igualmente proclives a la erradicación por obra del "sentido suplementario" (Barthes 1986) que despuntan, las escenas de peleas de gallos, medios de transporte rudimentarios, instrumentos rústicos del trabajo agrícola, el garrote vil, bueyes acarreado agua (imagen 4), figuras de vendedores ambulantes (imagen 5) y animosos mercados (imagen 6) fecundan otros pliegues de la colonia. Tras la pátina del imaginario *picturesque* que aventan, satisfaciendo la demanda de lectores deseosos de novedad y exotismo, ellas detentan la vigencia de prácticas y modos arcaicos de comercialización y, con ellos, las

ventajas del progreso y la perentoriedad del proyecto civilizador.

En el horizonte de las demasías, de los excesos necesitados de control, el menú se escenifica: "[...] la comida [...] es una ceremonia gastronómica irritante. El menú es artificial, de viandas sorprendentes y de platos parecidos que se suceden, van detrás de una secuencia no convencional en su procesión sobre la mesa." (Dinwiddie 1899: 151).

La espectacularidad es el matiz impreso por el cronista al ritual alimentario de los puertorriqueños. Así como la incongruencia en la decoración lo impacta al punto de suscitarle, como dijera Dinwiddie, "una impresión de horror", aquí la crispación se apresura ante la disposición inapropiada y el carácter antinatural de los alimentos. La movilidad de la escena, lograda por el uso del presente, de verbos y sustantivos indicadores de avance y ordenamiento, se transforma en dinámica sin concierto por impulso del calificativo que instala, desde la negación, la rutina normada y conveniente de la dieta del observador.



5. "Bread Wagon"



6. "Plaza del Mercado de San Juan"

Citando a Revel, Schavelzon recuerda que "ninguna gastronomía es inocente"; responde "a una realidad social, a la historia de una sociedad determinada en un momento determinado" y aun "la elección de los alimentos y su forma de preparación es también respuesta a una historia" (2002). Nada más lejos de esta perspectiva que la asumida por el viajero a la hora de informar sobre los platos habituales en las mesas isleñas. Su mirada se tiende oblicuamente sobre ellos sin reparar en las variables históricas y sociales ni en los productos naturales del suelo tropical que consolidaron hábitos de alimentación, modos de cocción y sazónamiento. Fiel a la observancia de sus

hábitos, con la piel adaptada a la oscilación entre el estío y la nieve, y con su estómago acostumbrado a la dieta balanceada por esas variaciones, agudiza la visión y se encamina hacia reflexiones comprometidas con la implementación de medidas para atemperar las consecuencias del desbarajuste alimentario. "El efecto desastroso de la dieta de carnes en climas tropicales *deberá ser* espaciada por los médicos expertos..." (Dinwiddie 1899: 151).

Ante la ausencia de un orden establecido y enfrentado en la privacidad de su oficio con sus anhelos de representatividad, el cronista no duda en adaptarse a reacomodaciones. La información, que en flujo de la emergente industria cultural se había convertido en una nueva mercancía, se somete al dominio del componente programático. El desliz de la descripción a la contundencia aseverativa que repone "el efecto desastroso" de "combinaciones de tocino, jamón, riñón, carne de vaca y pollo"

(Dinwiddie 1899: 151) traza el pasaje de la mirada contemplativa a la suspicacia de quien se autoconfigura como sujeto facultado para proponer, con énfasis imperativo, políticas de saneamiento. De manera intrínseca relacionado con la modalidad del poder, el sentido programático se distancia de la descripción y desoculta el interés del viajero por convertir su discurso en sitio repositario de saberes, deberes y poderes. Así, hasta la flexión descriptiva más aséptica en su corteza y su aliado en el empeño por abastecer el horizonte de expectativas del lector finisecular —el impulso didáctico— obran incisivamente sobre la utilidad informativa de la crónica para romper con los lindes de la funcionalidad icónica que le concede la preceptiva:

El siguiente es el menú de una comida ofrecida para dos Americanos por un hacendado rico:

Huevos fritos y dos pasteles de cereal frito. Godinga (sazonada con aceite y ajo). Maíz, carne cocinada sin jugo y dura, saborizada con ajo y aceite. Carne, cebolla y ajo fritos en aceite y servidos con él encima. Papa, dulce y a la irlandesa. Arroz y huevos revueltos. Jalea de guayaba en trozos rectangulares. Coco y azúcar negra. Manzanas y crema de queso. Café y Cigarrillos. Champagne. (Dinwiddie 1899: 152)

El flujo acumulativo corre vertiginosamente bajo la autonomía de las once unidades. Cuantificadora de la diversidad y la mezcla, la sintaxis prescinde de formas verbales no obstante reponer el dinamismo de la ingesta a través de la juntura que yuxtapone o copula las construcciones nominales. La disposición de los eslabones en la serie en el devenir enumerativo —de los huevos fritos al champagne— suma y aglomera compulsivamente el variado menú, exagerado en sazón, desarreglado por la mezcla. La mesa ofrecida a los americanos, sin dudas ventajosa en platos elaborados y exquisiteces sólo accesibles a las clases acomodadas, no parece distar demasiado de las succulentas provisiones de las humildes casas campesinas. Cuando el viajero se pronuncia sobre la prodigalidad del ajo y el aceite o el volumen calórico, familiariza a “los nativos” en función del común y “pesado sustento” diario que los abastece, de su capacidad para “comer una cantidad de comida que descompondría al Americano medio, haciéndolo víctima de indigestión y remordimiento.” (Dinwiddie 1899: 153).

Los ojos de Bailey Ashford no se dirigen a la cámara.¹¹ El giro leve del rostro abre el radio de la mirada y la proyecta en sesgo hacia delante, insinuando la existencia de un horizonte lejano, abierto. Las fotos del coronel del cuerpo médico del Ejército de los Estados Unidos dejan entrever los vínculos entre ciencia y poder imperial, y nos introducen en la trama donde aquellos cuerpos agredidos por el descontrol alimentario cobran otras significaciones a la luz del programa colonizador.



7. Coronel Bailey Ashford, cuerpo médico del ejército de Estados Unidos

Las investiduras distancian; las poses y las miradas aproximan. En el interior del estudio, de pie sobre una alfombra de arabescos y adelantado sobre un telón de naturaleza aireada y vegetal, el coronel abandona el porte marcial y ostenta el uniforme emblemático de una clase de guerra: la que se libra en el campo de batalla (imagen 7). En la escena dominada por la luz que refracta sobre la blancura del guardapolvo y la mesa de trabajo, las manos en reposo aunque dispuestas al movimiento entre el instrumental patentizan otra clase de guerra: la que entabla el hombre de ciencia contra las enfermedades e impurezas de la especie humana (imagen 8).

Las luchas por imponer el orden y preservar la salud que entrañan las fotografías de Ashford en sus roles de militar y de médico se emparentan en virtud de la efectiva alianza con que ambas contiendas entraron en la escena puertorriqueña del 98. Las miradas recrean esa alianza. Buscan ser visionarias y lo logran al sortear el límite impuesto por la lente y sugerir futuridad. En el horizonte hacia el que se fugan esos ojos visionarios se entreveran las aspiraciones correctoras del imperio

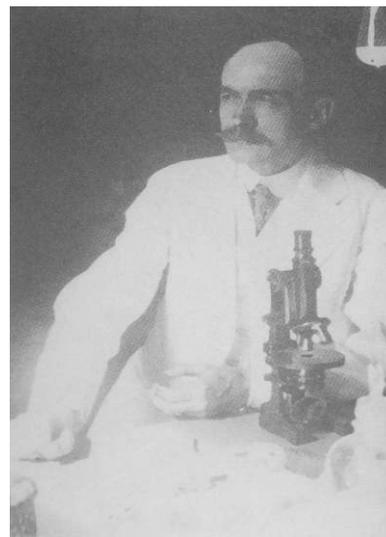
¹¹ Bailey Ashford llega a Puerto Rico en 1898 acompañando las tropas invasoras.

sobre los cuerpos doblemente estigmatizados por la enfermedad.

El medio perfil acentúa la prominencia de las barriguitas negras. La suciedad y la pobreza las enmarcan y extreman su desamparo y el inaplazable deber de curar e higienizar. La racionalidad epocal, apostada en los avances científicos —médicos y biológicos—, atraviesa la nutrida serie de fotografías donde la imagen de los niños con vientres hinchados suministra “una de las representaciones fundamentales de los pueblos del archipiélago imperial” (Thompson 1996: 692).

No son los niños de las ciudades; son los de la ruralía o sectores más desprotegidos. No son blancos sino negros o mulatos. No están vestidos; la desnudez interpela en tanto marca de indefensión. No están solos; la pose los amarra a cuerpos masculinos que apuntalan los designios de la Gran Nación. Desprovistas de ropajes, sobresalientes sus panzas, descoyuntadas del entorno familiar y por ausencia del progenitor de sangre, las siluetas de los negritos proliferan, densificando el perfil de la orfandad —suya y de la comunidad. Sin embargo, la sonrisa distendida, casi triunfal del fotógrafo que abandona su lugar detrás de la cámara para convertirse en protagonista,¹² compensa la

intemperie física y el vacío tutelar (imagen 9). Como padre figurado ingresa en la escena y sujeta a quienes desempeñan la función de emblematizar el archipiélago tomado. Los pequeños cuerpos desgranar una doble significación: concentran las dolencias “reales”, epidémicas o no, contra las que se instrumentan rígidas medidas de control y reversión, y la patología figurada, endémica de un pueblo enfermo de infantilismo e indisciplina, ambas exhibidas, obsesivamente, como rémoras heredadas de la colonización española.



8. Bayley Ashford



9. Walter Townsend, fotógrafo de *Our Island and Their People*

La pose desperdiga a hombres, niños y mujeres (imagen 2). La perspectiva distante acentúa la fragmentación del grupo y destaca, casi en perfecto semicírculo, la ausencia de lazos parentales precisos, excepto el que sugiere la débil proximidad de las figuras que ocupan el centro. No es difícil inferir la intencionalidad del cronista a través de las elecciones, en apariencia técnicas, de las que se vale para disponer y exhibir el objeto fotografiado. El desparramo de sujetos inscribe “una percepción cultural y una determinación ideológica” (Trachtenberg 1985: 188) en la que el desdibujamiento de parentescos graba los cuerpos de otros sentidos: los que exacerban lo pulsional.

Aunque distancia las conductas de los jíbaros y jíbaras (“podría decirse sin embargo que mientras los hombres son muy inmorales, las mujeres son muy morales, estructura debida a las consecuencias de sus condiciones existenciales”, 83), la mirada impugnadora de Margaritha Hamm no repara en distinciones genéricas cuando se pronuncia sobre el conjunto de los isleños: “Para un visitante americano esto es espantoso, como es sorprendente entrar en las casas de nativos y encontrar dos conjuntos de niños, uno blanco y el otro mulato, jugando juntos, viviendo juntos, cuidados por sus respectivas madres y siendo llamados por el mismo padre” (284).

¹² Quien aparece en la foto, tomando entre sus brazos a dos niños es Walter Townsend, fotógrafo de *Our Island and Their People*.

La censura aplicada a la vida licenciosa se recrudece ante la profusión de niños en las casas campesinas (imagen 10). Entonces asoman otra vez el espanto y la sorpresa, ahora enlazando la descripción con formas propias del relato no exentas de impulso moralizante.¹³ Si bien la mirada es el dispositivo a través del cual se recobra la escena, la intervención de ciertos matices narrativos instaurados por formas verbales connotadoras de progresión y dilación temporal, y la aglomeración y el exceso traídos por la repetición y el desequilibrio entre hombres y mujeres dotan de fuerza argumentativa al pasaje y subrayan las propiedades que atentan contra la mentalidad funcional de la cronista: la falta de uno de los valores asociados con los sistemas modernos de regulación social —el aprendizaje del control de la natalidad— y su consecuencia indeseada —el crecimiento indiscriminado del cuerpo social. La desnudez se torna nuclear en esta percepción del desenfreno de las pasiones de los cuerpos: “Las jíbaras haraganean en la puerta con una sola y delgada prenda sobre ellas, tan desprendida y abierta como para exponer una parte importante de sus anatomías; el resto es visible a través de la transparencia del vestido.” (Hamm 1899: 84).



10. “Familia extendida campesina”

Eva en el Edén” (Hamm 1899: 84). Los tópicos de la higiene y la salud en correlación con el cuerpo físico y moral de las naciones se emplazan atenuados por la escena edénica, acusan la peligrosidad y la fobia a los contactos propia de la nueva sensibilidad moderna y modernizadora.¹⁵ Educar al ciudadano —aquí cubrir sus cuerpos— se impone como tarea:

Los funcionarios norteamericanos ahora en custodia están esforzándose para introducir reformas al respecto, y están teniendo éxito en inducir a no pocos miles de padres para que pongan la misma ropa a los niños entre 3 y 9 años de edad. Cuánto, cómo, cuán lejos prevalecerá el experimento, es una cuestión delicada... (Hamm 1899: 84).

El desbalanceo entre la escasez de imágenes donde se perciben lazos familiares o los títulos que los anclan¹⁶ y la insistencia con la que el viajero captura conjuntos de hombres, mujeres y niños desparramados apareja, en sintonía con el borramiento del matrimonio como célula primaria de la

¹³ En tal sentido, como apunta Hayden White (1992), “[c]uando, en una descripción de la realidad, está presente la narrativa, podemos estar seguros de que también está presente la moralidad o el impulso moralizante” (38).

¹⁴ Libia González contrasta esta visión de la cronista sobre las jíbaras con una imagen donde Hamm muestra a una joven lavando ropa en un río, que rompe el estereotipo de mujer indolente y sensual.

¹⁵ Me refiero a la obsesión por la limpieza que regula las instituciones políticas y pedagógicas a lo largo del siglo XIX. Aseo que tanto en su expresión pragmática como metafórica tiende a sanear el cuerpo civil de sus impurezas, corregir las conductas que atentan contra la prosecución del modelo civilizador, erradicar las desviaciones civiles que obstaculizan la consolidación de las naciones Véase González Stephan.

¹⁶ Uso “anclar” en el sentido propuesto por Barthes (1970), es decir, como expresión que condensa la función orientadora de la lectura e interpretación de la imagen desempeñada por el texto verbal que la acompaña.

sociedad, la representación de formas de convivencia desagregadas de la ley, huérfanas de valores.¹⁷ Los hogares del trópico adolecen de las condiciones necesarias para fomentar el desarrollo físico y moral de los niños; la ausencia de autoridad y responsabilidad paterna, la promiscuidad y la indisciplina alimentaria obstaculizan el adiestramiento en los hábitos requeridos por el progreso.

Si esperamos éxito en nuestro trato con los pueblos extranjeros bajo nuestra dominación será necesario estudiarlos, juzgarlos y gobernarlos por medio de los métodos que les sean apropiados en lugar de utilizar aquellos métodos que consideramos atractivos. (Trumbull 1898: 584)

El vínculo entre el fin ambicionado por el imperio (gobernar) y las acciones para alcanzarlo (estudiar, juzgar) tiene en la cuestión racial una las zonas que más esfuerzo reclaman a los cronistas y a la pretensión didáctica de sus escritos. En calidad de tenaces adherentes a las teorías evolucionistas donde los paradigmas de cultura y raza conformaban un todo inescindible, los viajeros no dudan sobre la urgencia de implementar medidas coercitivas para limpiar de vicios y defectos la población. Coinciden en la necesidad de la depuración moral de la raza. Sin embargo, la duda o la vacilación sobrevienen cuando su voluntad por definir la “raza” puertorriqueña colisiona sistemáticamente con un objeto difuso e inaprensible. Mientras las fotografías de nativos que procuran deslindar “tipos” parecen cumplir con el intento pues ofrecen una amplia galería de sujetos, relevando ocupaciones, ámbitos, sistemas de vida, roles, tonalidades de piel, al desplazarnos del mensaje icónico a la sustancia proporcionada por el verbal, no todos los signos se dejan atrapar y describir pasivamente. Un signo se escapa: el componente étnico. La distinción de los colores denotada por la foto —y la supremacía de los oscuros sobre los claros— no alcanza para viabilizar su puesta en control mediante la escritura. Entonces, el mestizaje deviene paradigma capaz de contener y explicar la diversidad. “Nosotros creemos que la población presente es muy amplia y amalgamada con sangre blanca, negra, indígena” —afirma Fowles (1906: 22)— introduciendo, sin ahondar la perspectiva histórica, el proceso de formación de la raza isleña. Las fronteras blanco/negro y blanco/indígena, fuertemente grabadas en la mentalidad del viajero, se diluyen entre las tonalidades que se mezclan y fugan de límites rígidos. También entre los caracteres anatómicos.

Como fórmula, el mestizaje no sólo pretende encorsetar la heterogeneidad étnica. Obra en beneficio de un argumento medular, el degeneramiento racial, moral y social desencadenado por los “tipos inferiores” —principalmente de herencia africana— que, para el viajero, constituyen la población mayoritaria de la isla. La constatación de esa herencia rompe la inmaculada concepción del blanco; la contaminación se propaga en las gamas de las pieles y demanda la emergencia de “gemas raras para la paleta del pintor” (Dinwiddie 1899: 145). Los métodos acostumbrados de observación y tipificación de las especies, los organismos y las razas resultan ineficaces frente a la combinaciones que matizan los cuerpos isleños. Ellos desafían los saberes del cronista, obligándolo a ensayar nuevos parámetros de clasificación: “Los blancos de Puerto Rico deberían ser considerados diferentes de los blancos de Europa y Norteamérica. Ellos representan un género propio, los blancos puertorriqueños” (Dinwiddie 1899: 22).

Constante tanto en las fotos etnológicas como en los pasajes de las crónicas ocupados en dirimir las corrientes que laten por las venas puertorriqueñas, la voluntad antropográfica beligeras contra la mixtura de una sangre huidiza:

Hoy es muy difícil determinar la raza pura de algún puertorriqueño [...] La clasificación censal se basa principalmente en el color de la piel y no sobre las facciones, el cráneo, el pelo, las uñas de los dedos o la relación entre los huesos de los pies del talón y las piernas. (Hamm 1899: 32).

¹⁷ La Comisión Carroll y la Comisión Insular, nombradas por el Presidente y el Departamento de Guerra de los Estados Unidos, se encomendaron para reportar, entre 1898 y 1900, las condiciones del sistema legal en la isla en lo respectivo a las relaciones de pareja y nacimientos. Los informes subrayaron la promiscuidad, la falta de regulación legal de las uniones familiares.

La búsqueda de pureza racial agudiza la observación, relativizando la rigurosidad del color como factor único de examen y tipificación. La estadística —estrictamente sujeta a ese factor— no apresa los matices ni las características anatómicas que la cronista observa durante su tránsito por la isla. La prevalecía blanca oficial se contradice con el dominio del color registrado por la mirada y la cámara.¹⁸ Así, el intento por revelar la etnia de los puertorriqueños se desvía hacia la pertinaz búsqueda de los orígenes:

Casi todos los jíbaros, quienes son agricultores, labradores, granjeros, campesinos, son de mixtura ancestral, pero cada uno reclama ser castellano puro o caribeño de origen [...] Como para añadir a la composición de carácter de la población, las autoridades de Madrid, en el pasado, cumplieron la labor del mercado con otros tipos. Entre ellos: judíos renegados o judíos recalcitrantes, moros y moriscos de las Islas Canarias, argelinos, turcos y otros cautivos, criminales y herejes mahometanos. (Hamm 1899: 82)

La heterogeneidad inscrita en la acumulación de las migraciones favorecidas por el viejo régimen colonial detallan el espectro de procedencias que, mestizadas, no podían deparar sino las malformaciones que Hamm releva en sus crónicas: la inmoralidad y la intemperancia. En el proceso que procura recomponer la genealogía de la raza, termina por radicar el origen de los males y es la visión organicista desde la cual concibe la sociedad como un ente funcional la que le proporciona el marco adecuado para validar científicamente sus descripciones aunque se escapen de ese control los prejuicios que traducen los adjetivos. No obstante la emergencia de esos prejuicios prima en Hamm el afán por conferirle rigor científico a sus crónicas: “Ellos [los puertorriqueños] recrean todo el camino desde el rostro ovalado y el cráneo dolicocefalo de los viejos conquistadores visigodos de España y el rostro achatado, los ojos estrechos y cráneo braquicefalo de la Baja Etiopía”. (1899: 82)

El sustento en teorías positivistas europeas legitima el etnocentrismo enarbolado por las sociedades más avanzadas de la época. La medición craneométrica y el estudio de las circunvalaciones cerebrales, probatoria de la diversidad de orígenes del hombre y la superioridad de la raza blanca sobre todas las demás, ingresa en la crónica. Valida los criterios racistas decimonónicos y reconoce en el origen espurio de la raza isleña, en su “mixtura ancestral”, el principio de una degeneración irrefrenable.

“¿Es necesario dar más pruebas de heroísmo?”¹⁹

Por Guánica entraron los invasores y, con ellos, esos hombres que no portaban armas de guerra aunque sí de sutil y perdurable dominación en el orden de las mentalidades. Avanzaron por el territorio acompañando la ocupación militar con un claro propósito: el registro fiel de todo aquello que asomaba ante sus ojos o se disponía escenográficamente para cumplir con tal misión. Traían consigo no sólo la cámara y el lápiz; cargaban, invisiblemente, con el peso de un modo de mirar que formalizó el referente, tallando el rostro de la isla, las marcas indelebles de la puertorriqueñidad.

Puerto Rico es exhibido desde esa mirada imperial; adquiere forma y color en las fotos y crónicas que lo proyectan al mundo, fomentando un imaginario eclipsado por la docilidad, la mezcla y el relajamiento. Doblegada por la “viril dinámica racial que produce los mejores hombres de la tierra” —como dijera Beveridge (1984: 86)— la menor de las Antillas Mayores despunta nutrida de infantilismo y femineidad en los textos analizados. Vulnerable y desvalida, mestiza e impúdica, la imagen que entretejen las textualidades recorridas subrayan los relieves de una comunidad “con sus manos abiertas extendidas dando la bienvenida” (Dinwiddie 1899: 145) a la nación redentora, dominable, dispuesta a entregarse al colonizador.²⁰

¹⁸ En efecto, para los viajeros, los puertorriqueños eran mayoritariamente negros y mulatos mientras los censos perfilaban una población con predominio blanco.

¹⁹ Son palabras de Gervasio García.

²⁰ Por cierto, tal comportamiento generalizado responde a la expectativa y la esperanza con que el pueblo puertorriqueño vislumbró la posibilidad de acceder gradualmente a la autonomía, tras siglos de sometimiento a una metrópoli sorda a sus reclamos, reticente a concederle derechos conducentes a la autodeterminación. “Las ilusiones iniciales fueron flor de un día”, afirma Castro Arroyo (2002: 20), condensando en la expresión el

La insistencia en ostentar sus faltas y sus desbordes, en remarcar su pasividad y laxitud solapa el surco colonizador que abría la invasión. Las fotos y crónicas que espectacularizaron esa ocupación como un viaje exento de virulencia allanan el camino para la puesta en marcha de la otra empresa que, aunque no había sido anunciada en las proclamas, no tardaría mucho tiempo en obrar sensiblemente sobre la comunidad sojuzgada: la asimilación. Y aunque en el campo de la contienda armada, la historia ya había deslindado vencedores de vencidos y en el terreno cultural sobre el que arremetería devastadoramente aquella empresa, el litigio todavía no había comenzado, la representación iconográfica y verbal de Puerto Rico urdida por los viajeros de entresiglos prefigura —en su empeño por clausurar el pasado— la violencia con que aquella política institucionalizadora del olvido habría de encaminarse hacia el borramiento de la memoria histórica y cultural. Una empresa cuyos resultados hoy, más de un siglo después, en las vivificantes prácticas donde se celebra y afirma la puertorriqueñidad, no dejan dudas acerca de quiénes ganaron la batalla.

desencanto que sobrevino a las políticas ejercidas por el imperio para someter implacablemente todos los órdenes de la vida de la colonia.

BIBLIOGRAFÍA

- BARTHES, Roland (1972). “Retórica de la imagen”. *La Semiología*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
- BARTHES, Roland (1986). *Lo obvio y lo obtuso*, Buenos Aires, Paidós.
- BARTHES, Roland (1994). *Camera Lucida. Reflections on Photography*, New York, Hill and Wang.
- BEVERIDGE, A. (1984). “The Taste of Empire”. Orozco, José Luis. *Las primicias del Imperio. Testimonios Norteamericanos 1898-1903*, México, Premia Editora, 79-83.
- BRYAN, William (ed.) (1899). *Our Island and Their People, As Seen with Camera and Pencil*, St. Louis, Missouri, Thompson Publishing Company.
- CABOT LODGE, Henry (1899). *The War with Spain*, New York, Harper and Brothers Publisher.
- CASTRO ARROYO, María de los Ángeles (2002). “Política y nación cultural: Puerto Rico 1898-1938”. *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, CONSUELO NARANJO, María Dolores Luque, Miguel Ángel Puig-Samper (edit.), Madrid, Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico e Instituto de Historia.
- DÍAZ QUIÑONES, Arcadio (2000). “El 98: la guerra simbólica”. *El arte de bregar*. San Juan, Ediciones Callejón.
- DÍAZ QUIÑONES, Arcadio (2006). “Introducción”. *Sobre los Principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- DINWIDDIE, William (1899). *Porto Rico: Its Conditions and Possibilities*, New York, Harper & Brothers Publishers. En González, Libia (1998).
- FOWLES, George (1906). *Down in Porto Rico*, Nueva York, Eaton & Mains.
- GARCÍA NEGRONI, María y Mónica Zoppi Fontana (1992). *Análisis lingüístico y discurso político. El poder de enunciar*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- GARCÍA, Gervasio (1999). “El 98 sin héroes ni traidores”, *El 98. Debates y análisis sobre el Centenario en la tertulias Sabatinas. Cuadernos del 98*. Ivonne Acosta Lespier (ed.) n° 8. San Juan, Editorial LEA. Ateneo Puertorriqueño, 133-162.
- GARDNER Robinson, Albert (1899). *The Porto Rico of To-day. Pen Pictures of the People and The Country*, Nueva York, Charles Scribner’s Sons.
- GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz (1996). “Políticas de higienización: la limpieza del cuerpo y lengua nacionales (siglo XIX). *Asedios a la Heterogeneidad Cultural. Libro de Homenaje a Antonio Cornejo Polar*. José Mazzotti y Juan Zeballos (coord.), Philadelphia, Asociación Internacional de Peruanistas.
- GONZÁLEZ, Libia (1998). “La ilusión del paraíso: fotografías y relatos de viajeros sobre Puerto Rico”, 1898-1900”. *Los arcos de la Memoria. El '98 de los pueblos puertorriqueños*, Silvia Álvarez Curbelo, Mary Frances GALLART, Carmen Raffucci (eds), San Juan, Oficina del Presidente de la Universidad de Puerto Rico-Comité del Centenario de 1898-Asociación Puertorriqueña de Historiadores-Posdata, 273-304.
- HAMM, Margherita (1899). *America’s New Possessions and Spheres of Influence*, Nueva York, F. Fennyson Neely Publisher. 89. En González, Libia (1998).
- MARIAN, George (1901). *A Little Journey to Cuba and Porto Rico*. Chicago: A. Flanagan Company en Álvarez CURBELO, Silvia (1998). “Las fiestas públicas en Ponce: políticas de la memoria y cultura cívica”. *Los arcos de la memoria*, Silvia Álvarez Curbelo, Mary Frances Gallart, Carmen Raffucci (eds).
- RÍOS ÁVILA, Rubén (1996). “El montaje del sacrificio”. *Posdata*, San Juan, n° 12.
- SCHAVELZON, Daniel (2002). “Detrás de cada menú hay una ideología”. *Clarín*, 14 de enero, *Opinión*, 26.
- SONTAG, Susan (2007). *Al mismo tiempo. Ensayos y conferencias*, Barcelona, Mondadori.
- THOMPSON WOMACKS, Lanny (1996). “‘Estudiarlos, juzgarlos y gobernarlos’: conocimiento y poder en el archipiélago imperial estadounidense”. *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*. Consuelo NARANJO, Miguel Puig-Samper y Luis Miguel García Mora (eds), Madrid, Doce Calles, 285-293.
- TRACHTENBERG, Han (1985). “Imagen e ideología: Nueva York vista por un fotógrafo”. *Cultura urbana latinoamericana*, Richard Morse y Jorge Hardoy (comp.), Buenos Aires, Clacso.
- TRUMBULL, White (1898). *Our New Possessions*, Boston, Adams.
- WHEELER, Joseph (1899). “Prefacio”. *Our Islands and Their People, As Seen with Camera and Pencil*. William Bryan (ed.). St. Louis, Missouri, Thompson Publishing Company, 5-6.

REFERENCIAS FOTOGRÁFICAS

- Imagen 1. “Raising the American Flag”. William Dinwiddie en *Porto Rico: Its Conditions and Possibilities*, New York, Harper & Brothers Publisher, 1899.
- Imagen 2. “Aldea de peones en Caguas”, *Porto Rico and the West Indies*, 1899, s/d.
- Imagen 3. “Bohío campesino en Bayamón”, D. Ingle Burton, *The Importers and Exporters. Pictorial Guide to Business Directory*, New York, The Pictorial Guide Publishing Co., 1899.

Imagen 4. "Arecibo Water Supply", D. Ingle Burton, *The Importers and Exporters*, cit.

Imagen 5. "Bread Wagon", William Dinwiddie, *Porto Rico: Its Conditions and Possibilities*, cit.

Imagen 6. "Plaza del Mercado de San Juan", D. Ingle Burton, *The Importers and Exporters*, cit.

Imágenes 7 y 8. *1898: Los días de la guerra*, Universidad Interamericana de Puerto Rico, 1998.

Imagen 9. *Edgardo Rodríguez Juliá (1988). Puertorriqueños. Álbum de la sagrada familia puertorriqueña a partir de 1898*, Madrid, Biblioteca de Autores de Puerto Rico / Playor.

Imagen 10. "Familia extendida campesina", *Porto Rico and the West Indies*, 1899.